

«Lo que dicen las palabras no dura. Duran las palabras. Porque las palabras son siempre las mismas y lo que dicen no es nunca lo mismo», son palabras, maravillosas palabras, de Antonio Porchia, valga aquí de pórtico.

El movimiento llamado *neobarroco*, que despunta en la década de los 80, deriva de la ebullición verbal del cubano José Lezama Lima, tan exuberante en su decir como en su contextura física. Severo Sarduy, otro cubano, configuró más que nada el aspecto teórico y, en Néstor Perlongher, el neobarroco se concreta «neobarroso», se hace nuestro, se hace un barroco «cuerpo a tierra», tierra de aquí.

Si el neobarroco o neobarroso tiene un lugar, una geografía, un topos, ese es el lenguaje, la palabra como carnadura; la palabra, diríamos, como el lugar donde, sin solemnidades pero con respeto por ella, volvemos a jugar, a ilusionarnos, a reír, no de ellas sino en ellas y con ellas. Palabras –fiel al barroco arquitectónico– sobrecargadas aunque no pesadas, se enredan entre ellas, bailan o marchan erráticamente sin ir hacia ningún lugar, llegando, en ese juego, a sí mismas, saltando o enhebrándose sin trascender hacia ningún lugar, pero sin detenerse, tampoco, en ninguna fijeza, sin coagularse en ninguna verdad ni cristalizarse en ningún significado.

Significantes sin significado, verbalidad sin sustantividad, el sentido, no buscado pero inevitable, está, como en la mística cabalística, en el constante desplazamiento, en la errancia, pero aquí, sin origen ni destino, lejos de ser exilio es constante llegada. La ausencia del significante no es ausencia, en esta estética, es espacio para de juego, abertura de la diferencia.

Si su filiación es, dijimos ya, caribeña, también trasuntan lecturas del psicoanálisis, así como aparecen vestigios de la incontinencia derridiana o del rizoma que nos dibujó Deleuze y que parece ser la figura que más roza esta estética, o la que esta estética del desplazamiento configura como movimiento.

Las palabras, terminemos, pierden su pesadez, no su valor, son cuidadas, elegidas, si bien se llaman unas a las otras y parecen escapárseles al poeta, este se cuida bien de no dejarlas ir, es todo

lo que tiene, todo lo que tiene para decirse... y no está dispuesto a callarse él.

3

El que llegó a llamarse *objetivismo* es una estética que se configura en torno al «Diario de Poesía», un paradójico «diario» trimestral que buscó, y logró, ganar la calle, dar visibilidad a la poesía a través de su publicación. Daniel Samoilovich, poeta él mismo, inicia y continúa dirigiéndola desde 1987, fecha en que comenzó su publicación. Su inspiración llega de poetas norteamericanos, William Carlos Williams y W. H. Auden, así como de algunos argentinos, sobre todo Joaquín Giannuzzi, Alberto Girri y Leonidas Lamborguini.

El mitológico Anteo fue un dios invencible, invulnerable mientras tocara la tierra, Gea, su madre, pero otro dios, Herácles, lo venció sosteniéndolo alzado, asfixiándolo por exceso de aire, por falta de tierra, de lo nutricional. Como un eco poético, o una tardía respuesta al llamado a «volver a las cosas mismas» con el que la fenomenología invitaba al pensamiento filosófico a que regrese al «mundo de la vida», al mundo desde donde se había abstraído hasta el punto de olvidar la tierra, el arraigo del pensamiento, la tierra en la que todo pensamiento se fecunda.

La poesía que suele llamarse objetivista es la que intentó este regreso a las cosas, a las cosas y a la confianza en que las palabras son aptas, bastante aunque no perfectas, para nombrarlas, para captarlas. Tanto el «logos» helénico como el «dâbar» hebreo, confirman esta identidad; identidad cada vez más cuestionada de la tácita alianza logocéntrica en la que se basa Occidente: ser y decir son lo mismo, las cosas y su nombre coinciden.

Esta renovada confianza permite al poeta ser más un testigo, testimoniar lo que su mirada recorta en medio de la existencia, de la realidad, que, digamos, ser un hacedor de ella; le permite, diríamos, diluirse, ceder su lugar. No en vano la segunda gran divisa—divisa y condición de posibilidad— de la fenomenología es la «*epojé*», es decir, el poner entre paréntesis al «yo» de quien ejerce el acto o el intento de conocer algo, el de soslayar la subjetividad

para que se manifieste –libremente y liberada–, la objetividad, para que deje de serla.

«El río de mi aldea –confiesa Pessoa– no hace pensar en nada. Quien está junto a él sólo está junto a él.» Metafísica –más allá de la física– se llamó a la sospecha de que el ser desborda su aparecer, aquí no hay ninguna sospecha, salvo sospechar de cualquier más allá: la cosa está ahí, hay, por tanto no hay nada que agregar, basta nombrarla, nombrar sin abstraer, prolongar, casi sin juzgar. La realidad –está es su pobreza y esta su riqueza– se agota en el aparecer, su inmanencia es todo su ser, no hay que buscar más, hay que nombrar, ratificar.

Para el objetivismo no existe ni un sistema axiológico ni una tabla de valores, éticos o míticos, que se eleve –como el mundo de las «ideas» platónicas o las tablas del «decálogo» bajado de lo alto del Monte Sinaí–, que se eleve, decía, o se oponga a la realidad y con el cual medir, evaluar o contrastarla. Las cosas son «tal» como son y, entrecomillo, porque lo refiero a la «talidad» – *tathata*– concepto budista, zen en particular, que aspira a la «experiencia pura», un conocimiento, no diría «objetivo» ya que eso supondría que hay «sujeto» que enfrenta al objeto, sino un conocer sin dominar, sin encuadrar la cosa conocida en un sistema de utilidades, de preconceptos o incluso una estético, un conocer tal como la cosa se muestra desde sí. Se trata de la «presencia» de las cosas, no del presente de la captación, de la re-presentación. El intento, en fin, de conocer, no de re-conocer-se o espejarse en lo que se busca conocer, conocer o poetizar.

Podría decirse que el tono objetivista es un «moderato», un tono menor. Nada estridente, más fieles a la cercanía, a lo cotidiano, que a las grandes metáforas, a las totalizaciones, más inclinado a lo transitorio que en vilo hacia lo infinito o elevado. Esto mismo hace que en el lenguaje coloquial y hasta prosaico, sea el lenguaje que se co-responde a esta poética. Estética fiel, diríamos, a lo que las manos tocan más que a lo que la visión anhela; fiel, finalmente, a lo que en las palabras cabe.

Termino este párrafo con una cita de un libro de Clarice Lispector, que dentro de otro contexto y referencia, plasma perfectamente lo que acabo de pergeñar: «Sobre todo había aprendido ahora a aproximarse a las cosas sin vincularlas a su función. Pare-

cía ahora poder ver cómo serían las cosas y las personas antes de que les hubiésemos dado el sentido de nuestra esperanza humana o de nuestro dolor».

4

El paisaje político dentro del cual se expresaron tanto el neobarroco como el objetivismo había sido otro que el neorromántico: en el inicio de los ochenta la dictadura perdía fuerza, el regreso de la democracia despuntaba. La dictadura militar se fue de la misma manera que entró: esta vez fue Malvinas, otra vez fue la misma muerte.

Eran años de euforia, sentíamos un nuevo inicio, hasta olvidamos el duelo, el pelear el dolor, creíamos haberlo superado, después, desde no hace tanto tuvimos que volverlo a mirar, a darnos cuenta de que el pasado no pasa hasta que no lo dejemos ser presente, que sigue mirándonos hasta que no lo miremos a los ojos.

La democracia, palabra fetiche de entonces, ya tenía un precio, el precio que le había puesto la dictadura: estaba casi devaluada a ser la administradora de la deuda externa, del colonialismo económico, de la dependencia, que habían dejado de herencia las dictaduras latinoamericanas de esas décadas. Era una democracia casi esclava, ya teníamos colonizados el inconsciente: la plata había dejado de ser un medio, ahora era una medida, «la» medida. La plata era la medida, la usura su ley.

Los años siguientes, las década de los noventa, serían los del apogeo de esta iniciativa, sería, como metáfora y realidad, la época del «uno a uno», el dólar siempre igual, la devaluación, la variante de cambio, fue el salario, los derechos sociales... la dignidad humana, ese nombre en democracia para los derechos humanos, esa otra pérdida. La economía ya era claustrofobia, el economismo el nuevo fundamentalismo occidental. El discurso único.

La corrupción se exhibía: demostraba el poder. La miseria argentina, la desocupación, la pobreza, demostraba al capitalismo salvaje. También aquí había que pagar, no con vidas, sí devaluando el vivir a sobrevivir. También aquí, en diferentes grados —es decir culpabilidad— todos tuvimos y fuimos parte, en la dictadura